

cR

Centro
de Referência
Paulo Freire

**Este documento faz parte do acervo
do Centro de Referência Paulo Freire**

acervo.paulofreire.org



InstitutoPauloFreire

Relatos de alfabetización

M^a José Briansó*



Antonia es una mujer de 54 años que ha aprendido a leer y escribir en la edad adulta. El día que le pregunté si quería colaborar en este artículo, explicando su experiencia, me contestó ilusionada que sí. Nos pusimos a pensar cuánto tiempo hacía que había iniciado su proceso de aprendizaje, proceso que todavía hoy continúa, y para situarnos en la fecha exacta extraje de su bolso un recordatorio, el de la muerte de su madre: ése fue el momento en que decidió apuntarse a una escuela de adultos para aprender a leer y a escribir. Fue en el año 1991.

■ El gusto por aprender a leer

Antonia Reyes me contó que de pequeña fue muy poco tiempo a la escuela. Casi ni lo recuerda. A los 11 años ya trabajaba en el campo con su familia. Siempre que nos habla de su padre lo hace con un cariño especial. Cree que fue la persona que le inculcó el gusto y el deseo de leer, porque por las noches, cuando ella y sus hermanos eran pequeños, alrededor de una mesa les leía largas novelas que ellos escuchaban admirados. Antonia todavía recuerda el argumento de *Genoveva de Bravante*.

El siguiente relato ha sido escrito por ella, hace apenas unos meses. En él nos explica una parte de su vida, una vida que en algo cambió cuando aprendió a leer y a escribir.

«Yo estaba un día sola en casa, pasando por uno de esos momentos de soledad que tenemos las amas de casa, y pensé: Ya que no sé leer ni escribir, ¿por qué no me voy a la escuela? Llamé por teléfono al ayuntamiento y me dijeron el día que empezaban las clases.

Antonia y Pilar explican las razones que las empujaron a aprender a leer y escribir de mayores, y su profesora expone el método con que las alfabetizó: las palabras generadoras, acompañadas de una fotografía, permiten trabajar la relación entre ideas y palabras; se inician las primeras lecturas y se establece un diálogo continuo. Se trata, en definitiva, del enfoque de aprendizaje comunicativo desarrollado por Paulo Freire.

El primer día siempre lo recordaré. Cuando llegué a la escuela había un grupo de personas que ya leían y escribían bien y me dije a mí misma: ¡Anda, cuando yo lea así...!

Otras compañeras y yo no sabíamos leer ni escribir. Nos dieron unos libros con los que empezamos a conocer las letras. Al principio no entiendes los ejercicios y te sientes desanimada. Piensas que tú no eres capaz de aprender, pero yo quería aprender y tuve voluntad de seguir.

En los libros había unas fotografías, las mirábamos y nos dábamos cuenta de las palabras que ponía: «tele», «escuela»... Y así íbamos comprendiendo las letras.

A medida que iban pasando los meses íbamos comprendiendo los libros, entre los que había uno de historias. Eran historias bonitas y divertidas en las que nos reflejábamos el grupo de compañeras que lo estábamos trabajando, y digo compañe-

ras porque éramos todas mujeres. Cuando terminábamos la lectura teníamos una pequeña conversación y hablábamos de lo que cada una pensaba o había entendido. Al rato de estar hablando de la lectura y de cómo había ido la clase, a veces le decíamos a la profesora: Vámonos a tomar un café. También era bonito y divertido porque hablábamos de nuestras cosas y nos escuchábamos con atención porque, como dice el refrán, "escuchando se aprende".

Antes, cuando no sabía leer, mis hijas me leían las cartas que recibía en casa y a mí eso no me gustaba. Recuerdo que en un viaje que hice a Holanda quise escribir una felicitación para una persona. Yo me sentía tan insegura que no tuve el valor para escribir ni una palabra. Pero todas estas situaciones me daban fuerza para seguir asistiendo al colegio.

Hoy ya sé leer y escribir y estoy muy satisfecha. Pero no sólo he aprendido a leer y a escribir. Hay muchas cosas que me llenan de satisfacción, como la relación con las compañeras, sentirme bien conmigo misma, leer un libro y entender lo que leo. La escuela me ha abierto el carácter para hacer otras actividades, como ir a clases de baile, hacer gimnasia, saber conversar con las personas y saber hablar y escuchar.»

■ Vergüenza e impotencia

Antonia ya sabe leer y escribir. Lo mismo sucedió con Pilar Moreno, una compañera de Antonia que nos relata cómo superó la situación de analfabetismo que la había acompañado a lo largo de su vida.

La vergüenza de tener que recurrir a otras personas, la impotencia de no poder descifrar un texto escrito y la voluntad de superar esta situación llevaron a Pilar, así como a otras muchas personas, a un aula de alfabetización.

Pilar también se puso a trabajar a una edad muy temprana. A los nueve años cuidaba a los niños de una señora a cambio de un duro y la comida. El recuerdo que tiene de los pocos años que asistió a la escuela es el de un aula con muchas niñas y la maestra, desde su mesa, leyendo en voz alta un texto que ellas debían seguir en su libro.

«Yo salí de Sevilla el día 11 de octubre de 1964.



Un grupo de
compañeras
de Antonia
y Pilar.

CEFA y JAUME TUSET.

Me vine a Barcelona, a un pueblo que se llama Ripollet. Yo no sabía leer ni escribir nada. En Ripollet me casé.

Un día que iba a la plaza (era un viernes y ese día ponían el mercadillo) había un grupo de chicos y chicas que estaban dando información a las gentes del pueblo de que se había abierto una escuela de adultos para las personas que no sabían leer ni escribir. Me acerqué para mirar los anuncios que había en un tablón con las fotografías de algunas personas que ya habían ido a la escuela.

Me fui a mi casa, y así pasaron los días, los meses y los años. Pero una buena mañana tomé la decisión de ir a la escuela de adultos para que me enseñasen a leer y a escribir.

Cuando dije en mi casa que me había apuntado a la escuela de adultos no se lo creyeron. Pero luego les expliqué las razones que tenía para ir al colegio: cada vez que iba a Barcelona y tenía que coger el metro me tenía que fijar en los números que había en las estaciones (todavía recuerdo que Arco de Triunfo era el número 12) o tenía que preguntar a la gente por las calles, o cuando venía alguna carta a casa siempre tenía que esperar a mis hijos o a mi marido para poder saber lo que ponía. Y así fue como me entendieron.

Recuerdo que un día mi marido me acompañó al médico. En el médico ponen una lista con los nombres de los pacientes, y una señora me dijo que, por favor, le dijera dónde estaba su nombre. Yo, como no sabía leer, le dije que se me habían olvidado las gafas y llamé a mi marido para que él le dijera dónde estaba su nombre.

Me daba mucha vergüenza no saber leer ni escribir, por eso aprendí a poner mi nombre, ya que mi madre me lo había escrito con letras mayúsculas. Cuando iba al banco y tenía que firmar unos papeles, cogía mi carné de identidad y con él en las manos me fijaba en cómo estaba mi nombre escrito y así lo ponía.

Cuando fui a la escuela a preguntar qué hacía falta para poder empezar, me dijeron que lo que me hacía falta era una libreta y un lápiz. Al día siguiente me fui a la escuela. La mayor sorpresa fue cuando vi a todas las personas que había allí. Eran conocidas y así yo me tranquilicé mucho más.

Me senté en una mesa con otras compañeras. Vino una profesora a hablar conmigo y yo le dije que no sabía nada. Entonces ella me puso una palabra y así fue como empecé a escribir y a leer.

Cada día que iba pasando estaba más contenta. La clase era muy divertida y lo pasábamos muy bien, porque éramos unas compañeras muy alegres. Un día me levanté con muchas ganas de escribir, pero antes puse la comida al fuego para que se fuera haciendo. Me puse a escribir, y estaba tan entusiasmada escribiendo que, mientras, estaba oliendo a quemado pero no me daba cuenta de que era mi comida la que estaba pegándose. ¡Mira hasta dónde he llegado, hasta olvidarme de la comida por estar escribiendo!

Ahora me hace ilusión todo: leer las cartas, el pe-

Yo estaba un día sola en casa pasando unos momentos de soledad que tenemos las amas de casa... y pensé ya que no se leer ni escribir porque no me voy a la escuela y llame por teléfono al ayuntamiento y me dijeron el día que empezaban las clases. El primer día siempre lo recordas había un grupo de personas que ya habían escrito bastante bien y yo me dije a mí misma anda cuando yo iba así...

Otras compañeras y yo no sabíamos leer ni escribir nos dieron unos libros con los que empezamos a conocer las letras. Al principio no entendíamos los ejercicios y te sientas desanimada piensas que tu no eres capaz de aprender.

(...)

Ante cuando no sabía leer mis hijas me leían las cartas que recibía en casa y a mí eso no me gustaba. Recuerdo un viaje que hice a Holanda y quise escribir una felicitación para una persona. Yo me sentía tan insegura que no tuve el valor para escribirla.

(...)

La escuela me ha abierto el carácter para hacer otras actividades como ir a clases de baile hacer gimnasia saber conversar con las personas, saber hablar y escuchar.

Antonia Reyes Luz

Yo salí de Sevilla el once octubre de 1964 me vine a Barcelona a un pueblo que se llama Ripolllet. Yo no sabía leer y escribir nada. En Ripolllet me case y un día que iba a la plaza era un viernes que ese día ponían el mercadillo, allí estaban un grupo de chicos y chicas que estaban dando información a las gentes del pueblo que se había abierto una escuela de adultos para las personas que no sabían leer ni escribir.

(...)

Cuando dije en mi casa que me había apuntado a la escuela de adultos no se lo creyeron.

(...)

Cada vez que iba a Barcelona y tenía que coger el metro me habían en las estaciones, todavía recuerdo que el arco de triunfo era el número doce, o tenía que preguntar a las gentes por las calles o cuando venían algunas cartas a mi casa siempre tenía que esperar a mis hijos o a mi marido para poder saber lo que ponía y así fue como me entendieron.

(...)

Cuando fui a la escuela para preguntar que hacía falta para poder empezar me dijeron que lo que me hacía falta era una libreta y un lápiz.

(...)

no me da vergüenza relacionarme con la gente porque ahora ya se escribir y leer.

Pilar Moreno

riódico, poder leer las noticias de la tele, ir por las calles y poder leer los nombres y, sobre todo, ya no me da vergüenza relacionarme con la gente porque ahora ya sé leer y escribir.»

■ Un gran paso

Los motivos que llevaron a Pilar y a Antonia a asistir a un aula de alfabetización nos pueden parecer suficientes a las personas que, desde bien pequeñas, hemos estado en contacto con un mundo letrado, inmersas en él. Pero para ellas, dar el paso que las enfrentó a unos dibujos, las letras, que hasta ese momento no tenían ningún significado supuso vencer muchas resistencias familiares, personales y sociales.

Ellas, al principio, no eran demasiado conscientes de que la necesidad de alfabetización que experimentaban era la consecuencia de una injusticia social. La injusticia social que se cometió con muchas personas, mujeres fundamentalmente, a las

que bastantes años atrás se les negó el derecho a la educación. El primer día que hablamos del tema pensaban que eran ellas mismas las que no habían tenido la suficiente capacidad para aprender. Pero reflexionando sobre el tema coincidieron en que a la mayoría de personas del grupo les había tocado vivir unos años muy difíciles, unos años en los que el trabajo se tenía que iniciar a edades muy tempranas y pasaba por encima del derecho a la educación.

Cuando Pilar se sentó en el aula de alfabetización quizás esperaba encontrarse otra vez con una maestra que cantase la lección desde su mesa, al estilo de lo que Freire denominaba educación bancaria, entendida ésta como un acto unidireccional donde el educador es el que sabe y el educando aprende de él. Pero se encontró con un grupo de personas que avanzaban conjuntamente en un proceso, basado en el diálogo, que les permitía ir

superando las diversas dificultades del aprendizaje. Este enfoque del aprendizaje comunicativo, desarrollado por Freire, exige de la persona que alfabetiza una actitud dialógica, la actitud de quien sabe que para poder enseñar ha de empezar por reconocer que también puede aprender de aquellos a quienes enseña.

■ Las palabras generadoras

Antonia y Pilar, como el resto de personas adultas que forman los grupos de alfabetización, no parten de cero. Es cierto que no saben leer ni escribir, pero saben que su nombre o el letrero de una tienda, es decir, ese conjunto de letras, tienen un significado determinado; como decía Pilar: «Me daba mucha vergüenza no saber leer ni escribir, por eso aprendí a poner mi nombre». Es una de las razones por las que en el aula no se habla de letras, ni de fonemas —conceptos abstractos y demasiado alejados de sus vivencias—, sino de palabras, unas palabras que generan lenguaje (Grupo de Alfabetización de las Escuelas de Adultos de Barcelona, 1982).

Estas palabras generadoras se presentan acompañadas de una fotografía para que se establezca la necesaria relación idea-palabra. Son palabras cercanas a sus vivencias, a su entorno, forman parte de su universo léxico y provocan, a la vez que se alfabetizan, un diálogo lleno de múltiples y enriquecedoras experiencias que las personas adultas han ido acumulando a lo largo de su vida. Antonia lo explicaba en su relato: «En los libros había unas fotografías, las mirábamos y nos dábamos cuenta de las palabras que ponía: "tele", "escuela"... Y así íbamos comprendiendo las letras».

Al principio trabajamos con palabras formadas por sílabas sencillas (directas). Palabras como «tele», «casa», «rico», «foto»..., van ayudando a fijar las distintas letras. Paulatinamente se van introduciendo palabras formadas por sílabas más complejas (inversas y trabadas). Palabras como «escuela», «trabajo», «droga», «bloque», «crisis», «fregar» y «flamenco», por ejemplo, provocan en las personas del grupo, algunas veces, desde comentarios sobre diversas experiencias hasta algún que otro fandango que las traslada momentáneamente a la tierra de la cual proceden casi todas ellas.

La selección de estas palabras ha sido realizada siguiendo tres criterios propuestos por Paulo Freire. El primero es que la palabra contenga riqueza fonética, es decir, que ayude a fijar el fonema que se introduce; el segundo corresponde a la complejidad silábica trabajando gradualmente las dificultades; el tercero recoge el compromiso de la palabra con la realidad social. Sería un error pensar que uno de estos tres criterios ha de prevalecer sobre los otros; es decir, tan erróneo sería pensar que las palabras han de tener exclusivamente un compromiso con la realidad social, como creer que las palabras son simplemente instrumentos asepticos que sirven para ayudar a fijar los distintos fonemas. El reto de un método de alfabetización es combinar los tres crite-

rios con un único objetivo: aprender a leer y a escribir en un contexto comunicativo.

El avance en el aprendizaje, motivo esencial que hace que las personas adultas no abandonen el proceso, se constata día a día. A medida que van aprendiendo más letras, ven que el esfuerzo que están realizando se concreta en poder empezar a entender los nombres de algunas calles, dejar pequeñas notas a su familia, entender los carteles del supermercado. En definitiva, se ve cumplido un principio básico en la educación de personas adultas, la funcionalidad del aprendizaje, o dicho de otra forma, constatan que aquello que van aprendiendo les sirve para un mejor desenvolvimiento personal y social, para un pleno desarrollo de sus funciones sociales.

■ Lo que aprendí de Freire

Hace 17 años, con la carrera de magisterio recién terminada, asistí a unos cursos sobre formación de personas adultas. Fue en ellos donde oí hablar, por primera vez, de Paulo Freire. Palabras como «educación bancaria», «teoría-práctica», «diálogo», «cambio», «alfabetización», «utopía» y «concientización» fueron para mí el inicio de una práctica alfabetizadora que todavía hoy continúa.

A lo largo de los años, trabajando en el campo de la alfabetización de personas adultas, he podido ir contrastando las ideas que aprendí en un principio con una práctica que año tras año se ha ido convirtiendo en una rica experiencia, en un aprender constante de unas personas que, aun no sabiendo leer ni escribir, han expresado oralmente sus ricas vivencias y también sus emociones.

Dos de estas personas, analfabetas la mayor parte de su vida, nos han explicado cuál ha sido su experiencia en este terreno. Y lo han hecho por escrito.

Hay quien afirma que los planteamientos de Paulo Freire están ya superados, que sus ideas han quedado desfasadas. Quizás desconocen que el desarrollo actual de las ciencias sociales sigue un enfoque dialógico, una perspectiva comunicativa avalada por autores como Freire y Habermas, que han intentado conjugar dos procesos que, cada día más, se demuestran como inseparables: el aprendizaje instrumental y la acción comunicativa. Aquí quedan, además, los relatos de personas como Antonia y Pilar. Hace unos años sólo hubieran podido explicarlo de forma oral. Hoy también pueden hacerlo por escrito. Este paso ha transformado sus vidas, sigue transformando sus conocimientos en una perspectiva que las lleva a ser más libres y, en definitiva, más felices. □

Referencias bibliográficas

Grupo de Alfabetización de las Escuelas de Adultos de Barcelona (1982): *Método de alfabetización para adultos. La Palabra*, Esplugues de Llobregat (Barcelona): El Roure. (Incluye un cuaderno de didáctica para el profesor, cuatro libros para el alumnado con palabras generadoras y un cuaderno de historias para leer.)

* **M^a José Briansó Martínez** es profesora de alfabetización y coautora del método de alfabetización para personas adultas «La Palabra».